

El Suicidio Nuestro de Cada Día...

Daisy Justus

Resumen

Este artículo aborda el tema del suicidio como una embestida radical de la construcción de la subjetividad, mediante la inserción simbólica que se expresa en la experiencia de *presencia x ausencia* implícita en el juego del carretel (*Fort-Da*). Se toma al silencio como pulsión de muerte (tal como lo hizo Freud) y así el texto avanza en el enfoque de las nuevas formas de suicidio que están subyacentes en la situación de desamparo de nuestra contemporaneidad, por medio del asesinato diario del deseo.

Palabras Clave: Suicidio, cotidiano, pulsión de muerte, silencio, *Fort-Da*.

“Fuera de las palabras no hay salvación”

Paulo Leminsky

“Quien muere sin perecer, gana larga vida”

Lao-Tsé

La clínica psicoanalítica está atenta al discurso de lo cotidiano. En la narrativa de “la lucha diaria” el analista realiza una escucha dirigida a las fisuras discursivas que expresan lo inconsciente y que permiten tener acceso a las posibilidades de emerger un material nuevo, el de la diferencia.

El estudio sobre el suicidio entró en el campo psicoanalítico precisamente por estar atravesado por esa marca de la vida cotidiana. Cuando en el año 1901, Freud escribió “Psicopatología de la vida cotidiana”, puso el texto “con la marca de las ‘equivocaciones’, o sea, junto con los olvidos, los lapsus y los actos fallidos, en que lo patológico se ubica junto con lo más normal”. La equivocación hace transparente un acto por el cual “el efecto fallido

parece constituir un elemento esencial” El acto es ‘fallido’ en la medida en que hay una “no conformidad con la intención, pero es exitoso en la medida en que otra idea, esta vez inconsciente, hizo desviar a la acción inicial”. (Freud, 1901)

Sabemos bien que desde siempre el sujeto se relaciona con la muerte, ya que es una relación constitutiva. En su camino hacia el lenguaje está como muerto, o sea, como representante de una falta que entrará en el juego de la cadena de significantes. Sea la que fuere su historia, siempre habrá una pérdida irreparable: hubo un corte estructural que marcó una distancia irreductible, lo que se traducirá en algo indecible. De esa manera, el sujeto es llevado, estratégicamente, a interrogar a la fuerza que le viene de un lugar denominado Inconsciente, un lugar que se estructura como un lenguaje. Jacques Lacan destaca que “el sujeto se realiza en la pérdida en que surgió como Inconsciente, debido a la falta que produce en el Otro”. (Lacan, 1998)

Freud nos enseñó que la representación de la propia muerte es un asunto que se le escapa al sujeto porque: “La muerte propia es, desde luego, inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ello meros espectadores”. (Freud, 1915a)

En su ensayo “Duelo y Melancolía”, Freud sostiene que “(...) el yo no puede darse muerte sino cuando el retorno de la carga de objeto le hace posible tratarse a sí mismo como objeto” (1915). Después, ya en la segunda tópica, al usar las instancias de Yo, Ideal del Yo y Superyó, avanza en la cuestión al referirse a la tiranía que ejerce el Superyó en la exaltación del sentimiento inconsciente de culpa.

Más tarde, en 1924, en “El problema económico del Masoquismo”, abordó la relación que hay entre el sadismo de un Superyó tirano con el masoquismo del Yo. Llega a la conclusión de que la destructividad puede ser dirigida al sujeto en el caso de una intensa supresión de las pulsiones ejercida por la Cultura. Luego, en 1929, Freud afirma que la Cultura, ya al servicio de Eros, quiere reunir a los individuos para constituir una gran totalidad. Como el deseo se expresa solamente como pura diferencia, el proyecto de Eros sería

exactamente la eliminación de esa diferencia y, consecuentemente, del deseo, en una no-diferenciación final que es la humanidad.

También, en el mismo texto, afirma que el sentimiento de culpa es el problema más importante del desarrollo cultural. El mejor tratamiento para la instigadora expresión “sentimiento inconsciente de culpa” sería, entonces, la “necesidad de castigo”. Debido a que la culpa siempre es una culpa que se recuerda, ella sería escenificada por el Destino, el portavoz oficial de las figuras parentales. La autodestrucción, una vez que llega a los hechos, siempre estará atravesada por una carga implícita de satisfacción libidinal.

“Pienso donde no soy, luego soy donde no pienso”

En el acto suicida podemos leer una embestida radical y apasionada de la construcción de la subjetividad, cuestión fundamental que escapa a la comprensión del propio sujeto en el momento de su ejecución. Al intentar ponernos frente a la cuestión del suicidio, nos postramos delante de la cuestión del sujeto ante su propia subjetividad: ¿instauración o renunciamiento?

De acuerdo con François Ansermet, el suicidio es impregnado por una paradoja: el sujeto se suicida por tenerle miedo a la muerte, o sea, se salva al evitar a sí mismo, intentando escapar de sí mismo, buscando en la muerte una salida a su vida. De esa manera, no todo suicida tiene, necesariamente, a la muerte como objetivo. Se da una especie de antinomia entre el acto y el pensamiento. Por lo general, el ‘suicida’ no tiene nada que decir sobre la tentativa realizada porque ésta ocupa el lugar de toda y cualquier palabra. Sin embargo, el acto realizado no deja de tener implícita la cuestión *vida x muerte, presencia x ausencia*, y hace con que permanezca enigmático el desencadenar del acto.

Todo suicidio, en grado de tentativa, podría ser entendido como el punto crucial de una decisión de *ser* que favorecerá su repetición (en la mayor parte de los casos), aunque sea apenas con una tentativa más. No obstante, hay

seres cuya voluntad de destrucción los sobrepasa, y no es posible impedir que sucumban, tarde o temprano, ante el destino de desaparecer.

Una característica del pensamiento es ser atravesado por la duda, pero en el caso del suicidio, específicamente del pasaje al acto, se da lo contrario: existe el signo de la certidumbre. El acto en sí mismo es un paso. Únicamente en un segundo momento, a posteriori, nos recuerda Ansermet, el acto podría ser eventualmente recuperado por una significación: pero el acto no tiene un después, es indiferente a su propio futuro. Parece que el suicida tiene que eyectarse para poder inscribirse en el mundo. Se trata, fundamentalmente, de una fabricación, de una obra como de ingeniería, un salto en el Otro: en una tentativa de dar sentido para sí, de buscar una salida fatal hacia la vida.

El pasaje al acto tiene el objetivo de tapar un vacío como una actividad que “reproduce un pasado en vez de recordarlo en palabras. Se trata de restos, restos de una dialéctica que se da por la palabra ya que no pudo darse de otra manera que no fuera por medio de la acción”. (García-Roza, 1990)

El sujeto, al buscarse, solamente se puede encontrar en un lugar: en el registro simbólico. El suicidio puede ser pensado como una tentativa radical de hacer una ligazón con el orden simbólico, como una búsqueda de reintegración, con el objetivo de solucionar el *impasse* de aquel resto que no fue simbolizado que es, simplemente, la vida. Ansermet observa que “el suicida intenta, de manera desesperada, reproducir en su cuerpo el juego del carretel (*Fort-Da*): un salto sin mediación, pero incluso así en una perspectiva de simbolización, como un niño con su carretel”. Se revela, también, un punto de suspensión –como en el juego del carretel atado a un hilo- sólo que ahora es él mismo quien se eyecta para llegar a ser. “Es el paso de no-ser hacia el ser, cuando el sujeto desesperado -por intermedio de la eyección del cuerpo- intenta hacerse presente para sí mismo”. (Ansermet, 2003)

Lacan subraya el hecho de que el acto suicida, en un cortocircuito, se dirige a una región que al mismo tiempo es central y está excluida del mundo subjetivo, o sea, dicha región se llama goce. En ese caso, el goce ya no se

puede satisfacer más con el síntoma. Estando más allá del cierre del Yo, va en dirección a algo cada vez más trancado, suponiendo una temporalidad distinta.

No hay goce sin la experiencia de un fragmento de tiempo. Pero, el tiempo en ese caso y de una manera radical es un tiempo real, en su positividad. Se trata de la experiencia de plenitud que se une al propio tiempo, en vez de abolirlo. El tiempo se produce en el cuerpo; es completamente cuerpo. Lo que permanece, insiste, repite “es lo que no cesa de no inscribirse”, o sea, el vacío, la identificación con la nada, ese lugar del objeto _ que no es pasible de ser simbolizado.

Lacan definió el suicidio como “el único acto que tiene éxito sin fallas”. El sujeto - en la construcción de un nuevo texto en que, por medio del desnudarse, empieza a recontar su historia- se aglutina con la falta estructural y “se entrega en manos de la muerte”.

La pulsión de muerte y el silencio.

Lacan, en el número 3 de la *Revista L’Ane* (1981) subraya que la vida, en estado de *non-sense*, aspira a la muerte: en la medida en que, encarnada en el cuerpo, aspira a una plena conciencia, o sea, al más absoluto despertar éste, a su vez, solamente se da del lado de la muerte. “Durante el periodo vital no se despierta nunca porque los deseos entretienen a los sueños, incluso a los sueños de despertar, en que la muerte sería en la vida un sueño entre tantos”.(Lacan, 1981)

La noción de pulsión de muerte tiene una naturaleza conservadora que está en sintonía con la fórmula que dice que la pulsión tiende a retornar a un estado anterior. El carácter conservador de la pulsión de muerte está en directa relación con su aspecto repetitivo y será ese carácter que originará la disposición para la compulsión a la repetición.

Sin embargo, en el *Seminario 7*, destaca que, al lado de la naturaleza conservadora, la pulsión de muerte debe ser entendida también como una voluntad destructora directa en la que la agresividad, con la cual parece estar normalmente articulada, sería apenas un efecto de su accionar. La pulsión de muerte es lo que del interior del sujeto es llevado hacia afuera. Debemos entender la voluntad de destrucción como una disposición para recomenzar, ya que lo que se repite es un significante. Se repite una determinada estructura que podemos denominar como “significante”, o sea, un significante que, al mismo tiempo, está marcado desde el comienzo por una negatividad que es justamente la de la pulsión de muerte.

Por lo tanto, la pulsión de muerte es al mismo tiempo potencia destructora y principio disyuntivo que impide que la repetición sea de lo mismo (impide la permanencia de totalidades). La pulsión provoca también -al revés de lo que se pueda imaginar y debido a la disyunción- la aparición de nuevas formas. Por sobre todas las cosas la pulsión es creadora y no conservadora porque impone nuevos caminos para empezar. Repetición no significa reproducción. Es importante destacar que “la verdadera muerte –la muerte del deseo, de la diferencia- sobreviene por el efecto de *Eros* y no por la pulsión de muerte”.

En el *Seminario 11* (Lacan, 1979), destaca la relación del sujeto vivo con lo que pierde por tener que pasar, para reproducirse, por el ciclo sexual. Eso es lo que explica “la afinidad esencial de toda pulsión con la región de la muerte, y concilia las dos caras de la pulsión –que al mismo tiempo hace presente la sexualidad en lo Inconsciente y representa, en su esencia, a la mismísima muerte”.

Para Freud (1915) la metáfora del trabajo de la pulsión de muerte es la de un silencio activo o de un rumor mudo: ella se reconoce en el hecho de que “trabaja sin hacer ruido”. Si, por un lado, “las expresiones de *Eros*” son “muy sorprendentes y ruidosas”, por el otro, debemos admitir que “la pulsión de muerte trabaja de una manera muda en el interior del ser vivo”. Por “accionar

en el interior como pulsión de muerte, ella permanece muda” - en el medio del ruido de la vida, no se la escucha.

Concordamos con Lacan y, aunque de otra manera, diremos que la pulsión de muerte lleva sus elementos reunidos en el grito. Se trata del grito como una expresión de la voz privada de la condición de ser objeto para el deseo del Otro. El grito le da paso al silencio: constituye el abismo donde el silencio se precipita, nos dice Lacan. Él afirmó que no había encontrado nada mejor, para ilustrar el silencio, que el grito. En el fondo del silencio, la verdad habla de la *das Ding*, realidad muda que, de modo paradójico, habla de ella misma y declara un vacío central en el orden de la palabra. “La pulsión de muerte penetra en ese vacío interior para retornar, en seguida, a la superficie”.

Todos sabemos que los resultados de la clínica psicoanalítica se deben no solamente al poder de las palabras sino también al poder del silencio. Sin embargo, aquí deseamos tratar específicamente de los silencios autónomos, o sea, aquellos en que hay una ausencia de rememoración y de asociaciones, fuera de cualquier repetición significativa. Nos referimos a los silencios que aparecen como pegados a las palabras, que son proferidas por una voz particular, como si fuera arrancada. Son pesados silencios que acompañan a los excesos de palabras, o sea, palabras con exceso de goce. Nada se caería durante los silencios. El cuerpo estaría demasiado presente y no podría olvidar. De esa manera, intentarían cercar a la fuerte intensidad psíquica, ubicar una energía no-ligada, con la finalidad de que “las palabras no transfirieran sus investiduras unas en las otras, sin resto” y que “la intensidad psíquica de la realidad no se hiciera intensa en demasía”.

David Nasio sintetiza esa cuestión con mucha propiedad: “El silencio, de lo inconsciente, hace discurso en un repudio, en un verdadero asesinato: el asesinato del deseo. La experiencia precoz de la muerte se transmuta, a raíz de no hacer el duelo, en denegación de la muerte del gran Otro”.

Y para terminar: ¿dónde están los secretos?

Hoy tenemos nuevas demandas y nuevas formas de expresión del sufrimiento. La clínica de la contemporaneidad se depara con la caída de la Función Paterna como sustentación de respuesta ante la exigencia del sujeto. A raíz de las innumerables ofertas y progresos de la psicofarmacología se niega la causalidad psíquica del malestar, o sea, el sujeto es excluido de tener que enfrentarse a su dolor de existir: él mantiene el goce y no siente la falta. La angustia es rápidamente eliminada por medio de los remedios, por la droga o el consumo. Se trata del vigor que tiene el mercado de goce.

En los tiempos de la cultura del narcisismo y de la sociedad del espectáculo, decididamente no hay el menor espacio para la particularidad ya que, en determinadas situaciones, la mínima diferencia pasa a significar un riesgo de vida. Hans Magnus Enzensberger, en su libro *La Guerra Civil*, menciona que más allá de la agresión dirigida al otro, está la que explota frente a la vida despreciable que se lleva. Hanna Arendt subraya que para los criminales las circunstancias de vivir o morir, haber nacido o no, son hechos del mismo orden. No hay manera de explicar el impulso a la autodestrucción solamente por la vía de la violencia. Se trata de mucho más que eso, está en un lugar más allá. Acercándonos al abordaje antropológico de Marc Augé, podemos apostar, ciertamente, en las condiciones actuales para una etnología de la soledad.

Concordamos con Enzenberger, en que hay como que un “estado de demencia colectiva”, que es al mismo tiempo asesina y suicida, en que la categoría de futuro simplemente ha desaparecido. Solamente hay el tiempo presente, no hay otro. Las responsabilidades dejan de existir y así se neutraliza la actividad reguladora del instinto de preservación de vida.

De esa manera, también son nuevas las formas del suicidio en la sociedad contemporánea, en que la generalización de la noción del pasaje al acto parece que no da cuenta de la cuestión. Se trata de otra versión del suicidio, de otra muerte, diferente. A raíz de una nítida banalización de la vida

cotidiana ya no hay más lugar para los secretos. Es como una exteriorización y una revelación del interior y de lo cotidiano en que nada tiene el carácter de trasgresor, no hay subversiones ni grietas. Una historia se crea para dar consistencia y estabilidad a la vida y pasamos a percibir el orden social como coherente, sin antagonismos. No hay límites: todo se acepta, la permisividad es total.

El cuerpo, silencioso y disecado, deberá darle atención a la pura exhibición, estando apropiado e inflado de significación. De esa manera hay una especie de asesinato diario del deseo, el que tiene el valor cotidiano de un suicidio.

Podríamos preguntarnos, con Renata Salecl, si en el ejercicio cotidiano el sujeto contemporáneo “¿dejó de demandarle al gran Otro un reconocimiento simbólico o estará buscando obtener un segundo cuerpo?”(Salecl, 2002)

Es el dolor del desamparo. Por el hecho de deshacerse en el anonimato, evitando al máximo revelar quién realmente se es, el sujeto desconoce su propia verdad. La individualidad absoluta se convierte en impensable porque el Yo pasa a ser uno de los elementos de la identidad compartida, en la que encuentra sustentación un goce coherente con alegrías pasivas frente a la imposibilidad de un recorte de la identificación. La relación entre lo público y lo privado, entre lo individual y lo colectivo es atravesada por un discurso completamente sintomatizado, y se levanta un velo de imágenes que genera un desconocimiento subjetivo. Lo que caracteriza a la producción de la inflación de lo Imaginario no es la ausencia de lo Simbólico, sino el hecho de hacerlo desconocido, inaccesible.

Repetimos con Mallarmé que “no se hace poesía con ideas sino con palabras” y, nos acordamos de Lacan cuando nos advierte que la sustentación del bien decir es una de las salidas para el dolor de existir. Dicho de otra manera, la salida es continuar buscando lo que sabemos que está perdido para siempre.

Foucault hace una equivalencia entre el dolor de existir y la pérdida de sí. Joel Birman subraya que quizás se pueda constituir una nueva modalidad de clínica dirigida, también con Foucault, hacia el cuidado de sí “como tradición ética, mediante el conocer a sí mismo”. Birman prosigue y afirma que el desamparo, antes mencionado, “pone en cuestión algunas de las presuposiciones de la teoría psicoanalítica, especialmente cuando ésta se orienta por el imperativo ético del saber de sí. Las nuevas formas de subjetivación que se presentan en el mundo contemporáneo... exhiben en el cuerpo, en sus dilaceraciones y en sus heridas el descentrado trágico de la subjetividad que fue formulado por el discurso freudiano al enunciar los conceptos de lo Inconsciente, de las pulsiones y de la pulsión de muerte”. (Birman, 2000)

La clínica psicoanalítica solicita que se realicen nuevos estudios con la finalidad de incentivar el renacimiento de lo cotidiano, un nacimiento nuestro de cada día, porque se delinea el campo de otra experiencia ética y estética en nuestro horizonte, dirigida a un tiempo propio y trágico, como el tiempo freudiano: el futuro anterior. Ya que el placer siempre es una posibilidad, el sujeto podrá caminar por el sendero del arte/psicoanálisis. El juego del carretel (*Fort-Da*) hace el encuadre de la muerte para incluir en él un nacimiento del símbolo, sustentando una artesanía en el campo de las innumerables alternativas y llevando al sujeto a enfrentar sus opciones elegidas en vistas de la decisión de su propio devenir.

Bibliografia

ANSERMET, François, *Clinica da Origem, a criança entre a medicina e a psicanálise*, Rio de Janeiro: Contra Capa, 2003

ARTAUD, Antonin, *Van Gogh, o suicida da sociedade*, Rio de Janeiro: José Olympio, 2003

ASSOUN, Paul-Laurent, *O olhar e a voz*, Rio de Janeiro: Companhia de Freud, 1999

AUGÉ, Marc, *Não-Lugares, introdução a uma antropologia da supermodernidade*, São

Paulo: Papyrus, 2003

BIRMAN, Joel, *Entre Cuidado e Saber de Si – Sobre Foucault e a Psicanálise*, Rio de Janeiro: Relume Dumará, 2000

CHULAM, Tânia Maria Olivier Chulam, *Escritos sobre os Escritos de Lacan*, Vitória, Fundação Cecilinao Abel de Almeida, 1981

ENZENSBERGER, Hans Magnus, *Guerra Civil*, São Paulo: Companhia das Letras, 2002

FREUD, Sigmund, “A Psicopatologia da Vida Cotidiana” (1901) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

-----, “As Pulsões e suas vicissitudes” (1915) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

-----, “Luto e Melancolia” (1917 [1915]) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

-----, “Reflexão para os Tempos de Guerra e Morte” (1915 a) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

-----, “O Problema Econômico do Masoquismo” (1924) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

-----, “O mal-estar na civilização” (1930 [1929]) in *Obras Completas*, Rio de Janeiro: Imago, 1969

GARCIA-ROZA, Luiz Alfredo, *O mal radical em Freud*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1990

JURANVILLE, Alain, *Lacan e a Filosofia*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1987

LACAN, Jacques, “A posição do inconsciente” (1960) in *Escritos*, Rio de Janeiro: Campo Freudiano no Brasil/ Jorge Zahar, 1998

-----, *O seminário livro 7*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1988

-----, *O seminário livro 11*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1979

-----, *L’Ane*, numero 3, ane 1981

LACOMBE, Fábio, “O corpo, a psicanálise e o cotidiano” in *Agenda de Psicanálise*, Rio de Janeiro: Relume Dumará

MOREL, Geneviève, “Actes réussis, actes ratés: lectures psychanalytiques du suicide” in MOREL, Geneviève(org.), *Clinique du Suicide*, Ramonville Saint-Agne: Erès, 2002

NASIO, Juan-David, *O Silêncio em Psicanálise*, São Paulo: Papirus, 1989

POLLO, Vera, “O caso Althusser: um suicídio altruísta?” in QUINET, Antonio (org.), *Extravios do desejo – depressão e melancolia*, Rio de Janeiro: Marca d’Água, 1999

SALECL, Renata, “Du suicide des soldats après une guerre” in MOREL, Geneviève (org.) *Clinique du Suicide*, Ramonville Saint-Agne: Erès, 2002

SCHERMANN, Eliana, “Zweig entre a obra de luto e o suicídio” in QUINET, Antonio (org.), *Extravios do desejo – depressão e melancolia*, Rio de Janeiro: Marca d’Água, 1999